

### Capítulo III

#### *Pensamiento, lenguaje, realidad*

En este capítulo, el problema que nos ocupa será abordado desde un punto de vista estratégico en grado sumo: el lenguaje. La exposición se estructurará de la siguiente manera: 1) Pensamiento y lenguaje; 2) Papel del lenguaje en la formación del mundo objetivo. Lenguaje y cultura. En Capítulos posteriores 3) Lenguaje en Latinoamérica.

#### Generalidades

Conviene, ante todo, delimitar el concepto *lenguaje*, a pesar del enorme problema encerrado en el hecho de que para tratar sobre el lenguaje es necesario presuponer y utilizar el lenguaje; no hay manera auténtica de ubicarse fuera de él adecuadamente con actitud definitoria.

Corrientemente se usa la palabra *lenguaje* en un sentido muy amplio, de manera que resulta posible hablar del “lenguaje” de las flores, del “lenguaje” de los pañuelos, del “lenguaje” de los animales. Pero el lenguaje propiamente dicho, prerrogativa del hombre, es un sistema de signos que pueden nombrar, describir y narrar cosas, estados de cosas y acontecimientos del mundo exterior o sus reflejos en la consciencia; además, estados y procesos de la vida interior, es decir, comunicarlos representativamente a una consciencia receptora. Descartando como inverificable e inverosímil la audaz teoría de que el lenguaje escrito precedió históricamente al oral, puede afirmarse que esos signos tienen primordialmente un carácter fonético y resultan de la articulación de la voz humana, siendo susceptibles de fijación gráfica.

Este intento de definición es insuficiente. Podrá lograrse mayor claridad precisando, por una parte, la naturaleza y la función de los signos en general, así como los caracteres específicos de los signos lingüísticos, y, por otra parte, los rasgos peculiares del lenguaje como *sistema* de signos.

Sin profundizar en la teoría y la psicología de los signos, nótese de entrada, perogrullescamente, que son mediadores intersubjetivos, instrumentos de comunicación en el comercio social, que se refieren siempre a algo diferente de sí mismos, en continua trascendencia. Estructuralmente analizados, constan de dos partes: el cuerpo o material sensorialmente percible y el sentido o significado. El material sensorialmente percible se convierte en portador de sentido o significado en virtud de una relación fija y constante que puede establecerse espontáneamente (*physei*) por dependencia, causalidad, etc., o bien artificial y convencionalmente (*thesei*) a partir de una total desvinculación inicial. En el primer caso se trata de signos naturales, como el humo con respecto al fuego, el relámpago con respecto al trueno; el consabido “movimiento de platos” en la cocina es signo, para el visitante hambriento, de que se va a servir por fin la comida; valga este último ejemplo para aclarar que la palabra *natural* en este contexto no se refiere exclusivamente a los fenómenos de la naturaleza, sino al hecho de poder encontrar entre cuerpo y sentido del signo al hecho de poder encontrar entre cuerpo y sentido del signo una relación no arbitraria que parece imponerse por la fuerza de una conexión real. En el segundo caso, se trata de signos artificiales o convencionales, ¿qué relación natural puede haber entre la palabra inglesa *sin* y la idea de pecado? Pueden verse numerosos ejemplos de ambos tipos de signos en los avisos

puestos en algunas carreteras de Venezuela para ayudar a los conductores de vehículos: una vaquita dibujada para indicar que puede haber animales en la vía es un signo natural; artificial o convencional, en cambio, es el signo de peligro.

El mismo signo puede pertenecer a veces al primer tipo, a veces al segundo; así, el entrecejo fruncido y la boca contraída son signo natural de disgusto, mientras que el mismo gesto en el acto de “amarrar la cara” voluntariamente para desalentar a un interlocutor indeseable, tiene carácter convencional. Cabe, a este respecto, preguntarse si es correcto hablar de signo en ausencia de intencionalidad semántica por parte del emisor, si los signos auténticos no son únicamente aquellos que una consciencia emite adrede con propósito comunicativo. Con este criterio, podría distinguirse entre signos auténticos y signos inauténticos (indicios, síntomas), haciendo notar que los segundos, aunque no originados en una voluntad semántica resultan comprensibles por intuición empática basada en el isomorfismo de la conducta mímico-cinetognómica dentro de un ámbito cultural dado, o por la necesidad que prestan los juicios sintéticos a priori a la conexión constante de sucesión o contigüidad en los fenómenos de la naturaleza.

Sirva el párrafo anterior como transición para pasar a considerar la función de los signos. En muchos trenes, aviones y locales públicos de Europa se usa el signo 0-0 para indicar que detrás de la puerta así marcada se encuentran lavabo y letrina; la función de tal signo es meramente informativa, pues no implica mandato alguno, ni requerimiento, ni mucho menos intimación conminatoria a usar las instalaciones y recados en cuestión. La luz roja del semáforo, por el contrario, exige que el conductor detenga su vehículo. En general, si embargo, los signos desempeñan al mismo tiempo ambas funciones, la informativa y la imperativa; así, el S.O.S. informa que la nave desde donde se emite está en peligro supremo, y exige, a la vez, socorro inmediato; el signo de “curva peligrosa” informa sobre la próxima contorsión de la carretera y tácitamente requiere del conductor que aminore la velocidad y aumente la atención.

Desde la tos con que el prudente anuncia su proximidad antes de entrar a la sala donde el enamorado visita a su prometida, hasta los ademanes de extrema procacidad usados en Venezuela vulgarmente para significar la negativa rotunda; desde la raya que se hace en la pared para monumentalizar la memorable ocasión en que alguien, violando poderosas tradiciones, habló bien de un colega viviente, hasta la letra hebrea *alef* en representación de los números trasfinitos, el inmenso dominio de los signos abarca estructuras de la más diversa naturaleza desplegadas en campos perceptivos disímiles; la intención y la receptividad semánticas pueden valerse de recursos acústicos, visuales, táctiles, olfativos y hasta gustativos, sin olvidar los combinatorios y estilísticos de sistemas de signos complejos y sobre todo del más complejo, móvil, moldeable y creador de todos: el lenguaje humano. Sin embargo, a pesar de su diversidad material, todos los signos tienen en común el carácter ya mencionado de ser mediadores en el comercio social humano, vehículos de significado y sentido, orientadores de la interacción en la convivencia ergotrópica y de la conducta en general. Sin la pretensión de agotar el tema y con el cuidado de no agotar al lector, agreguemos otras notas del signo: a) su creación no exige conexiones reales entre significante y significado de manera que puede calificarse, en referencia a este aspecto, de *arbitrario*; b) lo anterior posibilita su importantísimo *valor económico*, pues estado de cosas sumamente complejos y enrevesadas operaciones conceptuales pueden ser indicados, representados y manejados con la ayuda de signos sencillos fijados convencionalmente; c)

lo que Karl Bühler denomina “*abstraktive Relevanz*”<sup>87</sup>, o sea el hecho de que cuando un *concretum* se usa como signo, no interviene su totalidad en esa función, sino uno de sus aspectos; así, lo importante en los números persas (erróneamente llamados arábigos), como signos gráficos, es cierta configuración o *Gestalt*; para que sean usados y comprendidos como tales, resulta indiferente que sean escritos a mano o a máquina, sobre papel o sobre arena, con tinta o con humo, por un torpe principiante o por un experto calígrafo, siempre y cuando la configuración se mantenga dentro de sus límites de variabilidad; d) la fácil repetibilidad: no todo material es igualmente apto para convertirse en vehículo de significación; además de estar ligado constantemente con lo significado, el cuerpo del signo debe prestarse a la repetición indefinida y su manejo no debe exigir enormes dispendios energéticos.

Habiendo ubicado el concepto *lenguaje* en el *genus proximum signo*, nuestra próxima tarea parece reducirse a la operación lógica de señalar la *differentia specifica* de los signos lingüísticos; podemos, en efecto, destacar que los sonidos articulados constituyentes del lenguaje poseen todas las notas de los signos en general con mayor pureza y capacidad de rendimiento, acrecentada esta última por el hecho de que no dependen de aparatos técnicos ni complicadas manipulaciones, ni están ligados a la luz del día u otra suerte de iluminación, de manera que dejan a la mayoría de las partes del cuerpo en condiciones de efectuar otras tareas, todo lo cual debió ser factor determinante en la evolución que ha convertido al lenguaje en el sistema de signos más polifacético y más ampliamente usado. Sin embargo, estas ventajosas características no bastan para definir la esencia del lenguaje ni explicar su particular utilidad; antes bien, aparecen como secundarias y exteriores cuando pasamos a considerar su estructura interna donde radican movilidad, productividad combinatoria, descomponibilidad en elementos. El egregio teórico y psicólogo del lenguaje F. Kainz ha formulado a este respecto las siguientes observaciones<sup>88</sup>: a) Los signos lingüísticos poseen la capacidad de *indicar* y *nombrar* en una escala inaccesible a otros sistemas. b) El lenguaje puede utilizar y utiliza ampliamente las ayudas que la situación en que se encuentran los hablantes suministra a la comprensión, pero no depende de ellas, es capaz de narrar y describir prescindiendo de esa situación. c) El lenguaje combina valores de signo y valores posicionales: es un sistema biclásico de factores lexicológicos y sintácticos. d) Su simbolismo no es global, sino articulado; no lo caracterizan unidades de comprensión, sino la productiva combinación de elementos.

En su trabajo “*Das Strukturmodell der Sprache*”<sup>89</sup>, Karl Bühler ha hecho hincapié sobre la observación de que toda la lengua dispone de un buen campo deíctico y de un campo simbólico; mediante la deixis puede referirse a la situación perspectiva inmediata o una situación imaginaria, mediante el símbolo<sup>90</sup> puede evocar y utilizar todo el haber representativo y conceptual de los interlocutores. Ningún otro sistema de signos puede alcanzar estos logros.

---

<sup>87</sup> Karl Bühler, *Die Axiomatik der Sprachwissenschaft*, Kantstudien 38, 1933, p. 19 y ss.

<sup>88</sup> F. Kainz, *Psychologie der Sprache*, 2ª ed., Stuttgart, 1954, Edit. Ferdinand Enke Verlag, Tomo I, p. 80.

<sup>89</sup> Karl Bühler, *Das Strukturmodell der Sprache*, *Travaux du Cercle Linguistique de Prague* 6, 1936, p. 1 y ss.

<sup>90</sup> F. Kainz, *op. cit.*, Tomo I, p. 82.

El mismo signo, de acuerdo con su posición el campo sin-semántico de la oración, cambia de significado, tal como ocurre con los guarismos del sistema numérico persa; los números romanos, en cambio, representados por letras de valor fijo, pueden servir gracias a su insignificancia posicional para elaborar el cronograma, ese *unicun* de los textos latinos. Es gracias al carácter biclásico del sistema lingüístico de signos como el idioma chino, sin las ventajas de la flexión, puede satisfacer las necesidades semánticas y prestarse a una riquísima creación literaria con recursos casi exclusivamente sintácticos.

No hemos descrito, porque rebasaría los límites de este capítulo, la estructura (fonemas, palabras, flexión, morfología, sintaxis) del lenguaje, ni sus funciones (primarias, secundarias, dialógicas, monológicas). Séanos permitido, sin embargo, hacer resaltar una virtud lingüística que de ellas deriva: con un lexicón limitado el lenguaje puede expresar todas las vivencias humanas, o, en el caso de lo inefable, por lo menos aludir a ello. La limitación de vocabulario es necesaria porque nadie, ni siquiera Funes, el memorioso<sup>91</sup>, podría retener y manejar la infinita cantidad de expresiones que resultarían si se diera nombre propio de cada ente del universo o, ¡espanto!, a cada uno de sus momentos en el flujo del devenir y de sus aspectos en las diferentes perspectivas espaciales. Aun en el caso de la polionimia (los doscientos nombres para caballos en el pampa argentina<sup>92</sup>, los nombres para lobo y camello que llegan a ciento en árabe<sup>93</sup>, los pueblos primitivos que tiene nombre para cada subespecie de árbol, pero ningún termino general<sup>94</sup>, ect), es de observar que los vocablos no se refieren a entes individuales como nombres propios, sino a tipos minuciosamente clasificados y, además, que tal fenómeno se presenta en campos limitados con la experiencia en relación a objetos o acciones de gran interés vital. Ninguna palabra nombra a ente real alguno individualmente. A conceptos se refieren los substantivos y es mediante atributos y recursos similares como se logra la aproximación al ente singular cuando la necesidad, el interés o el afecto reclaman la individualización de entes que el pensamiento y el lenguaje tratan en general, abstractamente, con cierto frió desapego hacia las diferencias particulares. Además, ni la lengua más rica puede designar exhaustivamente los contenidos de la conciencia, de manera que ni siquiera para cada concepto hay un signo, si lo hubiese la cantidad total sería tan grande que dificultaría enormemente el uso del lenguaje. La limitación del vocabulario hace que casi cada palabra sea portadora de varios significados, a veces muy disímiles, que pueden multiplicarse por ampliación metafórica. Estamos ante el asombro del fenómeno de la economía lingüística. Pero, ¿cómo es posible que no nos perdamos irremediamente en la más desastrosa confusión semántica? La indeterminación de la palabra aislada desaparece generalmente en el discurso gracias al influjo selectivo del acento, los atributos, las combinaciones, etc., pero sobre todo el sentido general y la situación que éste penetra. Generalmente no ocurre, empero, que tengamos que

<sup>91</sup> Jorge Luis Borges, ficciones, 1 ed... Buenos Aires, 1960, Emecé Editores.

<sup>92</sup> Amado Alonso, estudios Lingüísticos ( temas Hispanoamericanos), Madrid, 1953, Edt. Gredos. Pp.90-101.

<sup>93</sup> F. Kainz, op. cit. Tomo II, pp 214-220,222 y ss. 698. Kainz recoge numerosos ejemplo interesantísimos: los lapones tiene 41 vocablos para designar diferentes formas de nieve: los beduinos disponen de 10 palabras para la arena de acuerdo con el color, la consistencia y la resistencias. El vocabulario Jaska de los Vedas contiene 21 terminos para tierra, 15 para oro, 23 para noche, 30 para nube, 100 para agua.

<sup>94</sup> F. Graebner, Das Weltbild der Primitiven , 1924, p 20.

escoger conscientemente entre los diferentes significados de una palabra para comprender la oración: uno de los significados se impone de tal manera que excluye a los demás; el *sentido* de la oración define el *significado* de la palabra. Cuando leemos el título de un libro de Castañón “Andrés cuenta su historia”<sup>95</sup>, no se nos ocurre dar a la palabra *cuenta* el significado que tiene en el verso de Dávila Andrade “El Ego cuenta sus mamíferos”<sup>96</sup>. El sistema de signos llamado lenguaje puede operar adecuadamente con signos ambiguos y lograr inequívoca claridad en los mensajes; es más, puede servirse de esa ambigüedad misma, cuando así lo conviene al operador, en actividades lúdicas, estéticas o diplomáticas.

Si reflexionamos sobre este intento de definir al lenguaje como sistema de signos, nos resulta evidente que, siguiendo ese camino indefinidamente, perderíamos para siempre la posibilidad de comprender la esencia del lenguaje. Es cierto, por una parte, que lograríamos precisar cuestiones estructurales y funcionales, con un rigor metodológico podríamos llegar a describir y explicar los diferentes aspectos del lenguaje como *organon* en base a observación, experimentación y sistematización de los conocimientos con armazones hipoteticoteóricas de carácter científico, sin embargo, no es menos cierto que con esta *intentione recta*, con esta orientación periférica y centrífuga nos quedaríamos en un ámbito exterior, olvidando que cualquier consideración sobre el lenguaje está mediatizada por el lenguaje mismo y rehuyendo no el *problema*, sino el *misterio* extrañado en esa mediación: seríamos comparables a aquellos hombres descritos por don Miguel de Unamuno<sup>97</sup> como expertos en el pelaje de la esfinge, en sus medidas, en sus movimientos, en su forma de comer o dormir, en su esqueleto, pero incapaces de mirarla a los ojos, porque plantean preguntas de vida y muerte.

No obstante, las consideraciones generales relacionadas con el intento de definir el lenguaje como sistema de signos, nos sirven de plataforma de lanzamiento para ensayar preguntas de máxima importancia en el desarrollo de las ideas que tratamos de exponer. ¿Cómo son las relaciones de pensamientos y de lenguaje, lenguaje y realidad? ¿Será el lenguaje un simple *organon* del pensamiento? ¿No ejercerá una influencia fundamental en la estructuración de nuestro mundo objetivo? ¿Serán las lenguas intercambiables, cuestión de diccionario, de tener nombres distintos para la mismas cosas? ¿No tendrá nada que ver la lengua materna con el tipo de mundo en que vive cada quien y con el sentido profundo de la vida misma? ¿Puede traducirse la física nuclear a la lengua de los motilonos? ¿Pueden de verdad traducirse las fórmulas rituales de los piaroas al alemán? ¿Habrá un vínculo inquebrantable entre lengua y cultura? ¿Cómo quedamos los latinoamericanos en nuestra conducta lingüística, en nuestras relaciones con esas lenguas europeas que hablamos tan pintorescamente?.

Trataremos de responder algunas de esas preguntas en el orden indicado al comenzar este capítulo.

<sup>95</sup> J.M. Castañón, *Andrés cuenta su historia*, Edit. Arte. Caracas 1962.

<sup>96</sup> Cesar Davila Andrade, en un lugar no identificado, talleres gráficos Universitarios, Mérida, 1962, p 37.

<sup>97</sup> M. de Unamuno, *Ensayos*.

**1**

*Pensamiento y lenguaje.* De las concepciones que se han sostenido sobre la relación entre pensamiento, lenguaje y realidad, una, propia ya de un mundo desmitificado en incoante cientificismo, fue formulada por Aristóteles de manera simple, magistral e ingenua, cuando al comienzo de un tratado que más tarde hubo de llamarse *perí bērmeneías*, escribió: “Las palabras habladas son símbolos de las afecciones del alma; las palabras escritas lo son de las habladas. Ni la escritura ni el habla son las mismas en todos los pueblos. Las afecciones del alma, empero, de las cuales escritura y habla son primariamente signos, son las mismas para todos los hombres, así como son los mismos los objetos cuyas representaciones constituyen esas afecciones.”<sup>98</sup> Aunque Aristóteles utiliza sucesivamente las palabras *simbola*, *seméia* y *bomoiómata* que hemos traducido por símbolos, signos y representaciones, respectivamente, tiene razón Heidegger cuando apunta<sup>99</sup> que en este texto nos encontramos con el esquema de relaciones signícas que, con ciertas modificaciones, ha sido determinante para todas las reflexiones posteriormente sobre el lenguaje: la escritura es signo del habla, el habla es signo de las afecciones del alma, las afecciones del alma son signos de las cosas.

Es indudable que la expresión “afecciones del alma” (*pathemata tes psiques*), Aristóteles se refería a los contenidos cognitivos de la consciencia interpretados como copias, imágenes, semejanzas, representaciones (*homoiomata*) de las cosas (*prágmata*), y podemos agregar basados en el parentesco cercano de *prágmata* con *pratto* (hacer), de su dinamismo. Sin intentar de momento una crítica de este modelo interpretativo, hacemos notar que en el subtítulo inmediato superior “Pensamiento y lenguaje” hemos utilizado la palabra ‘pensamiento’ *grosso modo* para referirnos precisamente a los contenidos cognitivos de la consciencia y su dinamismo, siguiendo así la tradición que marca con este título el tema que vamos a tratar.

Conviene, sin embargo, una vez identificada el tema, abandonar de inmediato el *grosso modo* y esclarecer en lo posible el complejo material apenas aludido con la primera palabra del subtítulo.

El análisis científico ha practicado, en el flujo de las vivencias, divisiones y cortes de carácter teórico por razones metodológicas. Así, en la unidad de la vida psíquica se consideran generalmente tres aspectos: uno volitivo, otro afectivo y un tercero cognoscitivo. En este último, que engloba los llamados fenómenos del conocimiento, se distingue a su vez entre a) percepción, cuyo contenido más simple en el desmote teórico es la sensación, b) representación en el doble significado de percepción reproducida y construcción de la fantasía con los elementos perceptivos, y c) pensamiento propiamente dicho.

Es cierto que algunas escuelas psicológicas han prescindido del esquema anterior como marco y orientación de sus investigaciones; pero no es menos cierto que los términos y las articulaciones de ese esquema continúan teniendo una vigencia *de facto*, no sólo en las obras de divulgación, sino en el lenguaje mismo de los propios investigadores.

Al tratar el problema de la relaciones entre los fenómenos del conocimiento y el lenguaje, evitaremos en lo posible el uso de palabra *idea*, aunque es una de las primeras que tiende a imponerse, porque su ambigüedad, manifiesta tanto en el habla corriente como en no pocas obras científicas, entorpecería el esclarecimiento de los datos del problema. El claro

---

<sup>98</sup> Aristotele, De Interpretatione, 1.

<sup>99</sup> M. Heidegger. *Unterwehs zur Sprache*, Neske Verlag, tubingen, 1959.p 246.

Schopenhauer<sup>100</sup> subraya la distinción entre ideas de la percepción e ideas abstractas; para las primeras utilizaremos el término *representación* como “imagen de un objeto del mundo exterior proyectada en nuestra conciencia sin la presencia objetiva del aquello que nos representamos. Trátase, por tanto, de una percepción reproducida y, además, siempre probablemente modificada (desvaída, más pobre en detalles, aunque, desde otro punto de vista, potenciada, sin embargo, de un modo peculiar), o de una combinación libre de partes tomadas de diferentes percepciones”.<sup>101</sup> Un caso interesante de modificación es el de los recuerdos lejanos cuando los remodela la tendencia calotrópica de la memoria. Para las ideas abstractas utilizaremos el término *concepto*. Aparecerá la palabra *idea* cuando el contexto no exija la distinción que acabamos de indicar y sea más bien necesario referirse globalmente a los dos tipos de ideas subrayados por Shopenhauer.

Habiendo construido un pequeño andamiaje inicial, consideremos la relaciones aludidas en nuestro subtítulo primeramente desde el ángulo que nos proporciona el fenómeno de la comprensión de los signos lingüísticos.

¿Comprendemos lo que se nos dice, porque las palabras evocan en nosotros las representaciones de los objetos a que se refieren, mediante un mecanismo asociativo? Durante mucho tiempo prevaleció entre los teóricos del lenguaje la creencia no examinada de que las palabras y las representaciones de las cosas estaban estrechamente ligadas por un nexo asociativo, de manera que las primeras arrastraban a las segundas, conduciendo a la comprensión de lo hablado o escrito; al escuchar, por ejemplo, la palabra *pantera*, se alzaba ante la intuición interna la imagen del imponente felino y hacía entender lo significado por el interlocutor.

Esta creencia, sostenida como teoría por la psicología asociacionista, basada en las doctrinas de Hobbes y Locke, no resiste la verificación introspectiva ni el análisis lógico. Por una parte, es posible que mientras escuchemos un discurso o leemos un libro, las imágenes de las cosas tratadas se proyecten ante la intuición interna como sobre una pantalla cinematográfica; serían tantas que la atención no alcanzaría a seguir las en su recurso relampagueante y el esfuerzo imaginativo entorpecería la intelección, los árboles no dejarían ver el bosque. Por otra parte, el lenguaje contiene morfemas fundamentales a los cuales no corresponde representación alguna, a menos de recurrir a los fantasmas verbales y parafantasías que, en todo caso, arruinarían la posibilidad de comprender debido a la consecuente distracción.

Los que sostuvieron esta deleznable tesis en el pasado- algunos la sostienen todavía por ignorancia – no se basaron en ninguna experiencia introspectiva, sino más bien, como apunta Kainz<sup>102</sup>, “en la autoridad de una doctrina canónica, sobre todo el dogma *ut pintura poiesis* construido en adhesión a Simónides de Keos”.

Ya que la comprensión lingüística no ocurre porque los signos del lenguaje producen representaciones -la escuela psicológica de Würzburg ha dado el golpe de gracia a esa concepción con sus trabajos sobre el pensar-, cabe preguntar, ¿cómo ocurre entonces?

Lo que se pon en juego durante la comprensión de lo oído o leído es un saber peculiar que no precisa de representaciones y se mueve en un plano abstracto de carácter sígnico-

---

<sup>100</sup> A. Schopenhauer, *Die Welt als Wille and Vortellung* tomo III.

<sup>101</sup> F. Kainz, *Estética*, México, 1952, p.136.

<sup>102</sup> Id *Psychologie der Sprache*, Tomo I, 2ª ed Stuttgart, 1954, p 125.

conceptual. Desde el punto de vista de su sentido, el lenguaje es abstracto, la distinción entre *concreta* y *abstracta*, que sirve para clasificar las expresiones lingüísticas, no tiene otra justificación que la siguiente: algunos vocablos pueden ser convertidos en representaciones después de haber sido comprendidos mientras que otros no permiten esa traducción, excepto mediante los recursos extraordinarios de los tipos eidéticos. “El proceso psíquico de la vivencia del significado en la comprensión lingüística no establece diferencia alguna entre expresiones concretas y expresiones abstractas: en ambos casos se pulsán las mismas cuerdas de nuestro ser. Con idéntica indiferencia se captan y experimentan los representantes de las diferentes clases de palabras (sustantivo, verbo, conjunción, adverbio, etc.) durante la comprensión del habla viva y coherente.”<sup>103</sup>.

Sería, sin embargo, contrario a la experiencia cotidiana suponer que las palabras no evocan representaciones; conviene, pues, reiterar y deslindar la tesis aquí expuesta: hemos afirmado que no se llega a la comprensión lingüística *vía* representación. Pero que muchas palabras, *después* de ser comprendidas, evocan representaciones es evidente. Además, las representaciones que siguen a la comprensión, aunque totalmente innecesarias para ésta, pueden intensificar la fuerza de lo comunicado al actuar sobre la emoción y acelerar el flujo vivencial. Esa intensificación y aceleración pueden lograrse mejor con recursos estilísticos como la transparencia etimológica, el énfasis sobre la raíz en familias verbales numerosas, el juego sintáctico, la formación de palabras compuestas, etc., creados colectiva o individualmente (poetas anónimos, poeta escritor). Cabe observar que la frecuencia y número con que aparecen las representaciones que surgen de la comprensión varían de individuo a individuo y de pueblo a pueblo por razones tipológicas basadas en la diversa constitución del psiquismo, y de tema a tema, según el mayor o menor acercamiento de éstos a la intuición sensorial.

Dejamos a F. Kainz la expresión mínima de lo expuesto: “La fórmula de la comprensión lingüística no es *Signo lingüístico-Representación-Captación conceptual*, sino sencillamente *Signo lingüístico.Concepto*.”<sup>104</sup>.

Lo dicho sobre la comprensión lingüística nos aproxima al pensamiento, en el sentido de que éste no es una asociación, una combinación, o un juego de representaciones, sino una actividad por medio de la cual se captan o establecen relaciones en un proceso de comparación, diferenciación y selección orientado por una finalidad cognitiva e impulsado por la urgencia de problemas prácticos o teóricos. Tiene carácter no figurativo, como lo ha demostrado la escuela psicológica de Würzburg (Külpe, Messer, Ach, Bühler) y una tendencia a liberarse de contenidos representativos.

La etimología de la palabra española pensar (penso = pesar, ponderar) pone el acento sobre su carácter valorativo y comparativo productor del juzgar y se refiere a un modo de conocer discursivo y mediato más que intuitivo.

Las palabras griegas *fronein*, *noein*, *noesis* (la primera contiene una alusión a la localización corporal del pensamiento en el fren, diafragma) oponen el pensamiento a la percepción sensorial y se ubican dentro de una concepción clásica, según la cual es por la universalidad del pensamiento y no por la inmediatez de lo sensible como se puede

---

<sup>103</sup> Ibid., p 129.

<sup>104</sup> Ibid., p. 131.



alcanzar lo verdadero. “El pensar (to fronein) es común a todos”<sup>105</sup>, afirma Heráclito. Y según Parménides, “Lo mismo es ser y pensar (noein)”<sup>106</sup>, afirmación que puede considerarse, en cierto sentido, equivalente al “cogito ergo sum” agustiniano-cartesiano. En Platón se expresa el carácter discursivo del pensamiento con el término *diánoia*, donde la raíz *no de noein, nous, noema* se encuentra reforzada por el prefijo *dia*, que tiene carácter relacional y dialéctico; así, para evitar confusiones verbales con su interlocutor, define Sócrates al pensar (*dianoeisthai*), en el Teeteto, como “Un discurso que tiene el alma consigo misma sobre aquello que examina”, y agrega: “A esto y no a otra cosa se parece el alma mientras piensa: a un discurrir de ella a ella misma, preguntado y respondiendo, afirmando y negando.”<sup>107</sup>.

Para Descartes, *cogitare* designa el centro unitario y unificante de la consciencia, hipostasiado como *res*, en su cordial intencionalidad. Incluye todos los actos psíquicos en cuanto tenemos consciencia de ellos, como modos diversos de la toma de consciencia (*apercevoir*) y del querer, pero sin reducirlos a simple “hecho psicológico”, pues conserva toda su riqueza de implicaciones metafísicas. “Sed quid igitur sum? Res cogitans. Quid est hoc? Nempe dubitans, intelligens, affirmans, negans, volens, nolens, imaginans quoque, & sentiens,”<sup>108</sup>.

Muchos pensadores han insistido, con razón, sobre la importantísima diferencia entre pensamiento como acto psíquico (el pensar, *das Denken*) y pensamiento como producto de esa actividad (los pensamientos, *i pensieri, der Gedanke*). Más adelante se verá que esta distinción tiene en nuestras reflexiones una función eminente. Consideremos por ahora ambos aspectos (*das Denken, der Gedanke*) conjuntamente bajo el nombre de pensamiento, para formular de nuevo la pregunta tradicional implícita en nuestro subtítulo después de haberla restringido con las consideraciones anteriores. Pensar y hablar ¿cómo se relacionan esas actividades? Pensamiento y lenguaje, ¿cómo se comportan el uno con el otro?

Examinemos los diferentes puntos de vista sobre este tema.

Según una doctrina que se remonta a la antigüedad clásica, pensar y hablar son dos aspectos de una y la misma actividad. El hablar en un pensar es un hablar silencioso. “De hecho, aun cuando no resuenen las palabras, quien piensa habla en su intimidad”<sup>109</sup>. El pensamiento no es otra cosa que el lenguaje interiorizado; el lenguaje no es sino la manifestación sensorial del pensamiento. Se trata de un solo acto cuyo aspecto exterior es el lenguaje mientras que su lado interior es el pensamiento.

Este punto de vista, llamado doctrina de la identidad, ha tenido en todos los tiempos ilustres representantes. En pleno siglo veinte, concuerda Hönigswald<sup>110</sup> con Platón, al descartar la posibilidad de un pensamiento separado del lenguaje y defender la tesis complementaria de que todo pensamiento es verbal. Investigadores en cuya formación prevalecen los estudios de ciencias naturales sobre los humanísticos, emiten afirmaciones similares; así, J. B. A.

<sup>105</sup> Diels, *Fragmente der Vorsokratiker*, 22 B 113.

<sup>106</sup> *Ibid.*, 28 B 3.

<sup>107</sup> Platón, *Teeteto*, 189 E.

<sup>108</sup> Descartes, *Principia*, Tomo I, p. 9.

<sup>109</sup> San Agustín.

<sup>110</sup> R. Hönigswald, *Prinzipienfragen der Denkpsychologie*, 1913, *Grundlagen der Denkpsychologie*, 1921.

Watson<sup>111</sup>, llama al pensar “a subvocal talking” y sostiene que los hábitos lingüísticos se transforman en pensar “when exercised implicitly behind the closed doors of the lips”.

Diversos hechos de la experiencia cotidiana bastan para refutar la forma extrema de esta doctrina. A todos nos consta que hay un hablar sin pensar: el encadenamiento automático de fórmulas lingüísticas vacías con que las personas importantes en nuestro medio comienzan sus discursos; al oír a un demagogo comprendemos que detrás de sus palabras no hay pensamientos, sino más bien la intención de inhibir toda actividad mental discursiva con el objeto de inducir las masas a ciertos actos, de manera que toda su elocuencia podría traducirse, sin perjuicios de fondo, a una serie de gritos inarticulados y ademanes simiescos a nuestro demagogo le sobran las formas complejas y diferenciadas del lenguaje humano como expresión del pensamiento, pero las usa porque están a su alcance, de modo análogo a quien emplea delicados aparatos de laboratorio como proyectiles.

Además, existe un pensar sin correspondencia verbal inmediata: a veces no encontramos la expresión adecuada para pensamientos que ya se han formado claramente en un plano mental. Recordemos la posibilidad de mentir y el hecho de que sordomudos de nacimiento pueden pensar para que se nos haga evidente lo insostenible de la doctrina de la identidad en su forma extrema, sin necesidad de recurrir al examen del inmenso material que a este respecto nos ofrece la patología del lenguaje.

Este punto de vista contiene, sin embargo, un núcleo irrefutable; su estrechez en la formulación se explica, en el caso de los clásicos, por el deslumbramiento estético que producen las grandes intuiciones.

Otra y diferente es la teoría paralelística, según la cual pensamiento y lenguaje no son dos aspectos del mismo acto, sino campos esencialmente disímiles, actividades fundamentalmente distintas que, en virtud de una especie de armonía pre-establecida, se desarrollan conjuntamente, se corresponden como dos planos en los cuales para cada punto del uno hay un equivalente en el otro, sin que sobre o falte ninguno; los límites del pensamiento son los límites del lenguaje.

Muchos hechos y poderosas razones pueden aducirse en favor de esta teoría. Desde un punto de vista histórico-evolutivo, es cierto que el lenguaje y pensamiento se desarrollan en estrecha relación, existe una asombrosa correspondencia entre el nivel mental y el nivel lingüístico alcanzados por el individuo o la comunidad. Sobre lenguaje y conocimiento nos dice F. Kainz: “El lenguaje es el instrumento más importante del conocer, porque va paralelo a él en rasgos esenciales, porque realiza en la serie del habla el trabajo nuclear de todo conocimiento: el entendimiento (Einsicht) de las relaciones causales. Interpreta los fenómenos como decurso causal, descompone éste en sus partes, describe las necesarias en la determinación y les asigna clases de palabras en representación simbólica. El mundo es un conjunto de fuerzas y acciones. Nuestro pensamiento concibe el mundo dinámicamente y el lenguaje lo ayuda en esa tarea. El hendimiento categorial del pensamiento verbal penetra esos factores, pone al centro de acción (substantivo) atributos, al símbolo de la acción (verbo) los adverbios. De esa manera diferencia el pensamiento verbal la variada mudanza del decurso causal. El simbolismo del habla está determinado por un modelo mental: decurso causal y acción. Los substantivos representan los centros de fuerza, los adjetivos ciertos rasgos esenciales, los verbos cambios de la relación de fuerzas, los adverbios aportan

---

<sup>111</sup> J. B. A. Watson, Behaviorism, p. 225 y ss.

datos de localización en el sistema espaciotemporal o detalles circunstanciales sobre un proceso. El lenguaje retrata la estructura dinámica del mundo y la organización categorial de nuestro pensamiento, que está dirigida hacia la aprehensión de esa estructura. La oración es según Jaensch una instrucción para efectuar el proceso vivo del pensamiento, pero éste es una re-creación de lo real”<sup>112</sup>.

Si se nos permite una digresión anticipadora, podemos observar que el análisis anterior se adapta sobre todo a la estructura de las lenguas indoeuropeas y está determinado por su esquema de acción considerado por ignorancia como universal. Que el sustantivo designe centros de acción, coincide más bien con el espíritu de la lengua alemana, cuyo término para *realidad*, que en español se deriva de *res* = cosa, es *Wirklichkeit*, derivado de *wirken* = obrar, actuar. El francés Descartes, reveló su sujeción al espíritu de las lenguas romances cuando concibió los ingredientes de su dualismo ontológico como *res cogitans* y *res extensa*, mientras que Leibniz fue típicamente alemán al concordar con su lengua madre en la descripción de las *mónadas* como centro de fuerza.

Es evidente que el lenguaje es de suma importancia para el pensamiento y que ambos se desarrollan conjuntamente y se apoyan mutuamente, pero no puede concluirse de allí que se correspondan siempre y en forma necesaria. Además de las objeciones hechas a la doctrina de la identidad, válidas aquí también, recordemos, por una parte, que lo pensado y lo dicho no pueden ir paralelos porque el número de conceptos supera ampliamente al número de palabras y estructuras, comp. puede comprobarse objetivamente en los fenómenos de homonimia, amfibología y equívocos relacionales, pues el lenguaje no acompaña al pensamiento en numerosas distinciones que éste hace; es claro, por otra parte, que el pretendido paralelismo se rompe con el hecho de que los mismos contenidos mentales son pasibles de diversa expresión verbal, como se pone de manifiesto en el fenómeno de la sinonimia. Tan paradójico estado de cosas ha hecho decir a Kainz que “toda lengua combina pobreza y profusión de modo asaz irracional”<sup>113</sup>.

Una tercera teoría se ha desarrollado desde el punto de vista de la diferencia. Según ella, pensamiento y lenguaje son completamente diferentes, de manera que no hay entre ellos paralelismo alguno ni, mucho menos, identidad. El pensamiento obtiene sus resultados en total independencia del lenguaje; éste no puede cooperar en la tarea de adquirir conocimientos, pues ellos se forman en contacto inmediato, intuitivo, con los objetos de la consciencia.

Mientras algunos representantes de esta última teoría reconocen que el lenguaje, como sistema de signos, facilita el trabajo mental al proporcionarle puntos de apoyo y posibilitarle cierta economía de esfuerzos, otros, con escepticismo pesimista, niegan aun esta función y afirman que los signos lingüísticos no hacen más que confundir el pensamiento y despistarlos. R. Carnap<sup>114</sup> considera que la función de ayudar al pensamiento y hacerlo más económico es ejecutada con mayor eficiencia por sistemas sígnicos artificiales de carácter matemático-fisicalístico. Recordemos, además, la lúgubre sentencia de Burkhard<sup>115</sup>: “El lenguaje es el enemigo del pensamiento”. Cuán engañosos, ioh Bacon!, *esos idola fori*.

---

<sup>112</sup> Kainz, *op.cit.*, Tomo I, p. 144

<sup>113</sup> *Ibid.*, p. 145.

<sup>114</sup> Carnap, *Logische Syntax der Sprache*, 1934.

<sup>115</sup> M. Burkhard, *Denken und Sprechen*, die Neue Rundschau, 1905, p. 824.

Saquemos a colación también, en relación con esta teoría, la objeción tan frecuente entre filósofos y científicos en el sentido de que todas las lenguas naturales son anteriores a los afanes cognoscitivos sistemáticos, de manera que los resultados de éstos no encuentran en ellas vehículos apropiados y exigen el recurso a arbitrios que oscilan entre lo metafórico y poético (Bergson), y lo matemático (Leibniz, *ars característica universalis*). En la introducción a *Ser y Tiempo*, Heidegger<sup>116</sup>, previendo los ataques de que sería objeto su estilo enrevesado e inelegante, anota que para asir al ente en su ser faltan no sólo las palabras, sino sobre todo la gramática y se remite a ciertos textos del “Parménides”, de Platón, y al cuarto capítulo del libro séptimo de la *Metafísica* de Aristóteles, en que esos autores se apartaron en forma inaudita del griego contemporáneo, como lo demuestra una comparación de esos textos con cualquier página narrativa de Tucídides.

Esta tercera teoría contradice hechos comprobados y estudiados por la psicología del lenguaje: existe un vínculo esencial entre pensamiento y lenguaje. Pero para evitar confusiones, es necesario distinguir claramente entre dos criterios; por una parte, puede considerarse un estado de cosas con la intención de comprenderlo tal como es y describir su estructura y su dinamismo; por otra parte, puede interesarnos el mismo estado de cosas en cuanto se opone a nuestra voluntad, nuestros sentimientos o nuestras necesidades y, en tal caso, surgiría el intento de modificarlo, dominarlo o eliminarlo; el primer criterio es teórico y se relaciona con la ciencia; el segundo es normativo y se relaciona con la moral o con la técnica. Si una empresa nuestra, impulsada por un sentido del deber-ser, se ve frustrada por un estado de cosas adverso, no es lógico concluir que ese estado de cosas no existe; antes por el contrario, su existencia se intensifica para nosotros al entorpecer nuestra voluntad. Es cierto que el lenguaje dificulta la tarea de un investigador que cree haber descubierto un campo de conocimiento para el cual no hay palabras ni gramática; es cierto que todos los temas insólitos se encuentran restringidos por un vehículo como el lenguaje que sirve de tejido conjuntivo a la *comunidad* y, por tanto, se presta con mayor propiedad a lo que es *común*; pero esto no hace sino patentizar, con luz estroboscópica, los piolines, cordones, cordeles, bramantes, sogas, mecates, maromas, cuerdas, cadenas, ataduras, nudos que amarran el pensar y el hablar corrientes en una comunidad lingüística. Además, como afirma Kainz, “todo hablar auténtico, es decir, portador de sentido, presupone algún pensar. Este, naturalmente, no se presenta con clara formación de conceptos, juicios explícitos e inferencias enteramente efectuadas; el acto de pensamiento puede presentarse, más bien, abreviado, incompleto, entimemático, confuso y, además, asaz automatizado. Pero, aun en expresiones donde lo lógico se reduce a un mínimo, tiene que haber una consciencia semántica intencional y positiva”<sup>117</sup>.

Antes de fijar la posición que adoptamos frente a esta compleja problemática, juzgamos necesario puntualizar algunos de los hechos comprobados y estudiados por la psicología, a fin de apoyarnos en ellos y trascenderlo incluyéndolos en una concepción más amplia. En parte ya los hemos mencionado, pero ahora los señalaremos con mayor precisión.

i.-) Existe un pensar aglótico. Llamamos así al que no requiere el concurso del lenguaje; pero consideramos necesario distinguir, siguiendo análogamente la terminología

---

<sup>116</sup> M. Heidegger, *Sein und Sheik*, 8ª ed., Tübingen, pp. 38 y 39.

<sup>117</sup> Kainz, *ibid.*, p.127.

de Erdmann (Hypologisches und hyperlogisches Denken)<sup>118</sup>, entre un pensar hipoglótico y un pensar hiperglótico, o, con raíces latinas, entre un pensar sublingüístico y un pensar supralingüístico; preferimos, sin embargo, las raíces griegas para evitar ciertas ambigüedades a que darían lugar las latinas. El pensar hipoglótico es aquel que no puede servirse del lenguaje, porque no dispone de él, como en el caso de los niños que no han alcanzado todavía el grado de maduración, desarrollo y formación cultural necesario, y como en el caso, muy diferente, de los afásicos, cuya impotencia verbal se debe a lesiones u otros trastornos del sistema nervioso central. El pensar hiperglótico, por el contrario, no necesita ya del lenguaje, porque lo ha trascendido, como en el caso de la creación artística o científica, de los inventos y descubrimientos, pero presupone su posesión y el cultivo producido por su uso. El pensar hipoglótico, corresponde, además, a lo que los psicólogos franceses gustan llamar “intelligence pratique”<sup>119</sup>. El pensar hiperglótico puede recurrir a apoyos figurativos de carácter perceptivo o representativo, como el que se despliega sobre actividades técnicas, verbigratia la cirugía y la mecánica, o sobre investigaciones de las ciencias naturales; pero puede efectuarse en forma totalmente abstracta, recurriendo sólo a fórmulas y ecuaciones o a las piedras miliarias de interjecciones, palabras aisladas o imágenes inventadas. Hiperglótico fue el pensamiento de Kekulé von Stradonitz<sup>120</sup>, cuando hizo el genial descubrimiento del anillo del benzol después de haberse encontrado en situación aporética al no poder conciliar la tetravalencia del átomo de carbono con la monovalencia del átomo de hidrógeno para explicar la fórmula C<sub>6</sub>H<sub>6</sub>. Existe, pues, un pensar aglótico.

ii.-) Hay un hablar inauténtico, un hablar en que no participa el pensamiento del hablante. Recordemos el galimatías, los trabalenguas, los poemas de adultos para adultos declamados por niños, los automatismos verbales de ciertos enfermos mentales, y ¿por qué no?, las frases de los papagayos. En un hospital psiquiátrico de Venezuela, una paciente suele mirar con intenso reproche a los visitantes para decirles con voz y ademán acusadores: “Tú te la llevaste al monte, tú te la llevaste al monte”; más de un visitante ha sentido en su interior la conmoción de estratos psíquicos profundos, y guiado por la perversa lógica del miedo (eres acusado, luego eres culpable), ha comenzado a alegar ante sí mismo excusas por quién sabe qué pecado secreto y olvidado; cuenta el psiquiatra que muchas veces se ha visto en la necesidad de explicar a algunos visitantes que la dama acusadora no es una vidente, sino una enferma mental que repite la misma frase también cuando está sola y aun en sueños de manera maquina y automática. Recordemos también aquel lúgubre símil de la vida pronunciado por Macbeth en su angustia: “Life is... a tale told by an idiot, full of sound and fury signifying nothing”<sup>121</sup>. Sin embargo, es menos difícil para el pensamiento liberarse del lenguaje que para el lenguaje liberarse del pensamiento; las palabras, como instrumentos del pensamiento, lo encarnan y permiten descubrirlo en ellas aun cuando los hablantes hayan perdido por un motivo cualquiera la intención semántica y, si han sido objeto de fijación gráfica, aun larguísimo tiempo después de la desaparición de los hablantes; el genial Hrosny descifró los textos hititas sin el auxilio que tuvo Champolion con la tabla

<sup>118</sup> Erdmann, *Di Psychologischen Grundlagen der Beziehungen zwischen Sprechen und Denken*, Archiv für Systematische Philosophie, 2ªed., 1896, p. 355 y ss. 3ª ed., 1897, p. 131 y ss.; además: Logik, Tomo I, 2ª ed., 1907, p. 14.

<sup>119</sup> *Vide supra*, Exposición y discusión de las tesis de Wallon.

<sup>120</sup> R. Müller, citado por Kainz, *ibid.* pág. 128

<sup>121</sup> Shakespeare, Macbeth, Acto V, Escena V.

bilingüe. Los experimentos de escritura automática à la André Breton, han resultado fructíferos, no sólo desde un punto de vista estético, sino también como método de exploración de la psicología profunda. La liberación plena del lenguaje como cosa se ha logrado tal vez en los experimentos literarios de los dadaístas, neodadaístas y letristas, quienes en muchos casos han prescindido totalmente de la función semántica de las palabras y las han utilizado como material bruto para explotar artísticamente su aspecto fonético-musical o gráfico-plástico; en esta dirección se mueven algunos jóvenes poetas de Munich, quienes, llevando hasta sus últimas consecuencias los experimentos poético-gráficos del siglo XVI francés, intenta hacer una poesía espacial y visual en que las palabras son tratadas como objetos opacos, completos en sí mismos, sin el más mínimo vestigio de transparencia simbólica. En todo caso, es lícito decir que existe un hablar auténtico, un hablar sin pensar, y que tal cosa ocurre cuando por accidente o por decisión voluntaria, se produce un dislocamiento entre el signo lingüístico y los contenidos mentales señalados por él, normalmente, con mayor o menos claridad. Claro está que entonces deja de ser signo, por eso empleamos la expresión *hablar inauténtico*.

iii.-) No existe un pensamiento puro. Está comprobado que se puede pensar sin recurrir al lenguaje, apoyando los procesos mentales en las imágenes de la percepción y de la representación; se puede pensar también prescindiendo por completo de imágenes, pero apoyándose en el lenguaje o en otros sistemas de signos. Algunos psicólogos han señalado la existencia de un pensamiento puro que no se apoya ni en imágenes ni en signos de ninguna especie; aducen como prueba la vivencia de *constelaciones*, en la cual el pensar intuye las relaciones internas, estructura y sentido general de todo un sistema teórico, sin recurrir ni a la representación ni al signo. Es cierto que tal vivencia ocurre en momentos culminantes del pensar, pero se trata de un destello instantáneo, cuya luz, precedida por un ascenso semiópodo, no puede prolongarse sin el auxilio inmediato de la imagen simbólica o el signo, aunque éstos no intervengan sino en la forma de esquemas geométricos estáticos o de abstracto dinamismo de líneas y volúmenes en el espacio mental. Sin el continente, sin la carne palpitante del signo, las intuiciones más altas se esfuman como fragancias. El pensar alcanza momentos brevísimos en que puede llamarse *puro*; pero en su decurso ordinario y, sobre todo, en su esfuerzo sistemático, ese calificativo, con el significado arriba definido, no puede aplicársele correctamente.

Pensar y hablar, pues, no son idénticos, ni paralelos, ni totalmente diversos. Son dos actividades humanas que se complementan mutuamente, de manera que es correcta la afirmación de Abelardo “sermo generatur ab intellectu et generat intellectum”. Pero a pesar de su estrecha simbiosis, hemos visto que en ciertos casos operar independientemente la una de la otra.

Nos interesa hacer hincapié en el hecho de que el pensamiento no puede ir muy lejos sin el auxilio lingüístico en cuanto a fijación, economía, sostenimiento. Pero nos interesa sobre todo hacer notar que en la interacción pensamiento-lenguaje, el primero lleva las de perder; porque, si bien los hombres geniales, de pensamiento extraordinario, han librado luchas victoriosas contra las limitaciones del lenguaje común, es éste quien se impone generalmente al pensamiento; y se le impone de tal modo, que *cum grano salis*, podemos aceptar la hiperbólica afirmación: no tenemos lenguaje, sino que el lenguaje nos tiene a nosotros. En efecto, por el solo hecho de hablar una lengua dada nos vemos constreñidos a aceptar y usar unas clasificaciones y distinciones que en forma alguna hemos

contribuido a crear; es más, cada lengua contiene prejuicios axiológicos que cargan positiva o negativamente a la gran mayoría de las palabras y que se asientan inadvertidamente en nuestra manera de pensar.

La imposición del lenguaje sobre el pensamiento es más grave cuando consideramos el aspecto operacional: Pensar, en el sentido corriente, se limita a un automatismo lingüístico las oraciones se suceden las unas a las otras, se combinan, se ordenan, entran en conflicto, producen resultados, bajo la dirección de la lógica inmanente del lenguaje. Todas esas operaciones pueden ser efectuadas por un cerebro electrónico.

La objeción de Lichtenberg contra el *cogito* agustiniano-cartesiano, en el sentido de que debería decirse *congitatur*, “se piensa” o “es pensado”, tiene plena validez cuando se observa el pensar común y corriente del hombre ordinario. La inteligencia, como capacidad de resolver problemas, se refiere a la mayor o menor eficiencia del funcionamiento maquina del aparato lingüístico. Sobre la base neurofisiológica de esos automatismos, se pueden mejorar los resultados mediante una ampliación y clarificación de la información.

Pero esos procesos operacionales, desencadenados por un problema cualquiera, de índole ya práctica, ya teórica, o impulsados por su propia inercia, ocurren en un plano psicobiológico, tienen un contenido y una estructura elaborados por el espíritu de las culturas en su desenvolvimiento histórico, y podrán ser efectuados con máxima exactitud, para fines científicos, una vez que sea posible entregarlos a la matemática precisión de las máquinas electrónicas.

¿Qué es lo que confiere al lenguaje ese imperio sobre el pensamiento? ¿Por qué el pensamiento normal y corriente de una comunidad está gobernado tanto en su contenido como en su forma por los contenidos y formas del lenguaje? ¿Será porque el lenguaje contiene en sí las estructuras y dinamismo que constituyen la vida humana en su elaboración cultural? ¿Estará el espíritu de la cultura encarnado en el lenguaje? ¿Hasta qué punto será el mundo en que vivimos una creación del verbo humano? A lo que está detrás de esas interrogantes se dirigen las próximas consideraciones.

## 2

### *Participación del lenguaje en la formación del mundo objetivo.*

Si distinguimos entre la realidad tal como es en sí, y la realidad tal como es para el hombre; es decir, si distinguimos entre el objeto del conocimiento y el conocimiento mismo, nos encontramos con un primer distanciamiento, con una primitiva separación entre el hombre como ente cognoscitivo, y el mundo dentro del cual existe.

Que es justo hacer esa distinción, resulta evidente al considerar la evolución del conocimiento dentro de la cultura occidental. La imagen del universo en general y los conceptos de materia, vida, fuerza, etc., han ido variando a medida que los métodos e instrumentos de investigación y los criterios de certeza se han ido modificando en el transcurso de los siglos.

El progreso de las ciencias, espectacularizado por los logros de las técnicas científicas, nos induce a pensar que la brecha existente entre el conocimiento y su objeto, la distancia entre la mente humana y la realidad, disminuye y se acorta como consecuencia de ese progreso; de tal manera que llegará un momento en que cada ciencia cubrirá total y minuciosamente el campo óptico al cual se dedica. La distancia entre la mente y el mundo será cero.

No podemos compartir ese optimismo cientificista en base a las siguientes razones: La ciencia, tal como se comprende y practica en occidente dedicaremos un trabajo a este tema es sólo una de las formas posibles de aproximarse a la realidad y sus resultados están condicionados por los métodos y las orientaciones que utiliza. En el caso ideal de que cada ciencia agotara su restringido campo óptico, se actualizará plenamente, tendríamos un conocimiento perspectívico de la realidad determinado y limitado por los puntos de vista adoptados. Además, no debemos olvidar que todo ente, por el solo hecho de ser, está necesariamente limitado; así el hombre, en su intento de comprender racionalmente la realidad, está limitado a una comprensión de tipo racional humana de acuerdo con la constitución de su estructura cognoscitiva, y no porque sea un ente venido a menos, lo mismo le pasaría a un arcángel: su conocimiento estaría condicionado y limitado por su naturaleza arcangélica.

No podemos aceptar tampoco el argumento pragmatista de que la utilidad prestada por la ciencia a través de la técnica con el dominio evidente del mundo objetivo, es prueba de su verdad. Eso equivale a decir que lo verdadero es lo útil o lo que da poder; es cierto que hay mentiras útiles y que descabelladas ilusiones ayudan a los hombres a vencer obstáculos, pero eso no puede hacerlas verdaderas. La verdad y la utilidad son valores diferentes. Sería mejor decir que hay que escoger entre la verdad y ciertas concepciones acerca de cómo debe ser la vida. El hecho de que las hormigas, mediante su adaptación instintiva a un *habitat* y su inteligencia práctica, logren sobrevivir como especie, no es prueba de que posean un conocimiento absoluto del universo.

Pero nuestro conocimiento no está limitado sólo por las estructuras de la condición humana; a ese relativismo específico se une un relativismo cultural. En ejercicio de su libertad creadora y con la materia prima representada por su particular psiquismo y su caos vivencial originario, cada pueblo ha construido su conocimiento y ha elaborado su mundo, es decir, ha creado su cultura, cuya estructura fundamental es la lengua.

Si para verificar conocimientos se trata de compararlos con el testimonio de los sentidos, no hay un mayor acercamiento a la supuesta realidad, sino a la imagen de ella, mediatizada por los sentidos, los cuales a su vez han sido educados por el lenguaje: la percepción es siempre una construcción en que predominan sobre la sensación estructuras prefiguradas por el saber y la intención.

Ningún ser vivo vive en la supuesta realidad, sino en su mundo. Cada especie vegetal y animal tiene su *habitat* formado por condiciones ecológicas que concuerdan con las necesidades y funcionamiento de su peculiar estructura. El hombre tampoco vive en la supuesta realidad, sino en su mundo, que es la cultura.

El hombre está ligado a la supuesta realidad como el árbol a la tierra. De ella se nutre, en ella vive y se mueve; pero todo su saber, sus imágenes, sus concepciones con respecto a ella, son construcción de él, sus flores, su tela de araña, su hormiguero, no la realidad misma. Si alguien quiere acceder a ésta, no puede servirse del logos creador de cultura ni mucho menos de la cultura; tiene que descender a la fuente misma del logos, más allá de sus propias raíces y perder individualidad de existencia y de consciencia para ser todo y nada en una especie de *unio mystica* con lo que es. El anhelo de *unio mystica* es poderoso, pero poderoso es también el anhelo de vida y creación individual y colectiva. Quizá estemos aquí ante lo dos polos magnéticos del hombre: la unidad la diversidad. Por el camino de la cultura se puede alcanzar la plenitud del hombre, pero jamás llegar a la plenitud del ser. Error es creer que



una forma cultural, así sea la más refinada y sutil, puede llegar a lo que *es*, en su totalidad y verdad. El máximo logro en esa dirección es el roce leve, del destello de los supremos símbolos, o las técnicas inductoras del éxtasis.

El Ser es en el silencio que subyace, sostiene y penetra los objetos y el lenguaje. Objetos y lenguaje se ubican del lado de la cultura, del lado del mundo construido por el hombre.

Recordemos la distinción entre significante, significado y dato ontológico (lenguaje-pensamiento-realidad), a fin de hacer hincapié sobre el hecho de que el significante no se refiere al dato ontológico, sino al significado, es decir, a una imagen, aun concepto o a un proceso mental a los actos mediante los cuales la intención semántica objetiviza las intuiciones de la consciencia.

El movimiento de la consciencia es discontinuo, procede por momentos compactos y homogéneos de carácter unitario, monádico, sin desarrollo interno, llamados *intuiciones*. Esos momentos tienden a objetivarse, a pasar de actualidad pura (*enérgeia*) a objeto (*ergon*), y para tal efecto se traducen analíticamente en la forma lingüística.

Pero en el acto que produce esa traducción o traslado analítico de la intuición monádica a la objetivación expresiva, es también actualidad pura. Sólo el análisis ex eventu permite distinguir elementos. Así, el signo nominal, que expresa una noción real, sea concreta, sea abstracta, tanto de cosa como de proceso, y el *signo sintáctico*, que expresa las nociones de relación concretas, abstractas o simplemente gramaticales, son el producto de un análisis y, por eso, sólo *connotan*, cuando están aislados, amplios límites vagos; adquieren un límite definido de su extensión, es decir, *denotan* sólo cuando los precisa el sentido de la frase. La frase es el signo mínimo del lenguaje en su actualidad, del *habla*.

El lenguaje es, pues, la intuición articulada y objetivada. Distinguimos en él una forma externa (sonido) y una forma interna (saber). El conocimiento es siempre producto: sin articulación y objetivación no habría conocimiento ni se lo podría obtener. Además, es la declaración articulada y analítica de la intuición lo que permite que ésta sea objetivada en la consciencia de quien escucha y reconstruida como conocimiento, sin lo cual no habría comunicación verbal, ni, por ende, interacción social humana.

La importancia de la articulación para el conocimiento tan claramente vista por George von der Gabelentz, el gran clásico de la lingüística<sup>122</sup>, así como su carácter sistemático, se ven claramente expresados en la frase de Antonio Pagliari<sup>123</sup>, ordinario de Glotología de la Universidad de Roma, “como el fonema es distintivo a los fines de la constitución del signo fónico, y el signo fónico es distintivo en el ámbito del sistema, así el significado es distintivo en el ámbito de la experiencia cognoscitiva que constituye la forma interna del sistema, en el cual se halla toda una organización cognitiva de un cierto real, esto es, de lo real tal como es advertido por una comunidad dada”.

La última parte de esa cita: “lo real tal como es advertido por una comunidad dada”, nos trae al punto donde queríamos llegar. Todas las especies vivas no humanas aseguran su continuidad sobre el plano fisicobiológico de la especie, mientras que la actividad espiritual característica del hombre, siguiendo un impulso íntimo de objetivación, se materializa y sobrevive en un plano histórico-cultural. Aunque no toda experiencia se traduce categóricamente en saber, y no todo saber se traduce en noción con signo, podemos afirmar

<sup>122</sup> Vide von der Gabelentz, Sprachwissenschaft, Leipzig, 1901, 2ª ed., pp.114, 253, 308.

<sup>123</sup> Antonio Pagliari, Enciclopedia Filosofica, Edit. Sansoni, Florencia, 1957, Tomo II, p. 79.

que el léxico real de una comunidad es la imagen más amplia y completa de su cultura, pues el saber que representa refleja las experiencias todas, traducidas en conocimiento, de ese grupo humano individualizado en el tiempo y en el espacio. La sintaxis, por otra parte, manifiesta la manera en que cada comunidad asume cognitivamente lo real. Además del sistema léxico-sintáctico, cargado ya de estimaciones subjetivas que penetran hasta la estructura misma del “mundo”, cada lengua tiene, como elemento subsidiario pero no secundario, una entonación particular de la voz, un *tempo* característico, una melodía de la frase, una mayor o menor participación de la mímica del cuerpo; este aspecto musical y miokinético manifiesta la participación afectiva de la comunidad en el cosmos cultural<sup>124</sup>.

Recordemos la distinción entre lenguaje y lengua. Lenguaje es una prerrogativa universal del hombre, su nota específica<sup>125</sup>. Lengua es la manifestación concreta, particular del lenguaje en las diferentes culturas. Hablamos del lenguaje humano en general, pero cuando particularizamos, decimos la lengua griega, la lengua latina, la lengua bantu, etc. Las diferentes lenguas contienen y expresan diferentes mundos culturales.

Ahora bien, todo hombre es parido a la luz de una cultura determinada, cuando todavía está en el vientre de la madre ya lo influyen circunstancias culturales, las técnicas del parto mismo varían culturalmente, después del primer grito comienza el largo proceso educativo que ha de formarlo, informarlo e integrarlo a la comunidad, mediante la aplicación de moldes, normas y patrones culturales que lo marcan y definen desde lo más exterior y grosero hasta lo más sutil e íntimo.

Sin la más ligera sombra de exageración, podemos decir que el papel de la lengua en la educación, espontánea o sistemática, es esencial y determinante. Aprender la lengua materna significa entrar al mundo cultural donde nos tocó nacer, no a mundo objetivo alguno. El supuesto mundo objetivo está mediatizado por la lengua materna, como síntesis simbólica de todas las formas culturales. Para todos nosotros, hombres, la lengua ha sido, en la inmensa mayoría de los casos, anterior a la experiencia y la ha guiado siempre, no sólo en cuanto a la interpretación, ya dada de antemano, sino también en cuanto a la selección de sus objetos y a la actitud afectiva con que los asume.

El estudiante ingenuo que inicia el aprendizaje de una lengua extranjera, encuentra generalmente obstáculos que surgen del siguiente prejuicio: cree que vive en un mundo objetivo igual para todos los hombres y que el problema es básicamente cuestión de diccionario, que las mismas cosas tienen nombres diferentes, que los alemanes llaman a la montaña Berg y los chinos al padre Fu<sup>126</sup>, pero que en fin de cuentas se trata de la misma montaña y del mismo padre. Poco a poco, errores, fracasos y frustraciones en la comunicación con extranjeros, lo despiertan a la comprensión de que se trata de una visión de todas las cosas distinta de la suya y de una forma diferente de aprehenderlas y manejarlas en el plano de la representación. Ningún pueblo se ha conformado nunca con una imagen sensorial vaga del universo; ha tratado siempre de reconstruirlo en el plano de la

---

<sup>124</sup> Ibid., p.83

<sup>125</sup> Wilhelm von Humboldt, *Auswahl von Heinrich Weinstock*, Fischer Bücherei, Frankfurt am Main, 1957, p. 120.

<sup>126</sup> Las diferencias de tono en chino son parte esencial de la palabra, pues tiene carácter diacrítico en lo que se refiere al significado, así, FU en tono alto significa marido o padre; en tono ascendente, alto, fortuna, en tono ascendente bajo, oficina gubernamental, en tono descendente alto, rico: Frederick Bodmer, *The Loom of Language*, W.W.Norton and Cie. Inc. New York, 1944, p. 438

representación y el resultado de esos esfuerzos está expresado en la estructura lingüística. A esto se refería Humboldt cuando acuñó el término *innere Sprachform*.

Forma interna del lenguaje (*innere Sprachform*) es la manera en que los datos del mundo son escogidos, interpretados y reconstruidos en conceptos, imágenes, esquemas combinatorios, estructuras afectivas. Tal manera de configurar lo que llamamos universo, desde sus lineamientos más cósmicamente amplios hasta los pormenores más minuciosamente clasificados, es diferente en cada lengua y determina el tipo de mundo que heredamos cuando aprendemos a hablar en la infancia. Se trata ante todo de un estilo de percepción, interpretación y pensamiento que influye poderosamente y en forma unitaria sobre las estructura gramaticales.

A fin de ilustrar la tesis que acabamos de exponer, pasemos a considerar la clasificación de las lenguas del mundo. Frederick Bodmer apunta nueve familias bien definidas<sup>127</sup>:

Indoeuropea

Teutónicas (Alemán, Holandés, Escandinavo, Inglés).

Célticas (Irlandés, Galés, Gálico, Bretón).

Romances (Francés, Español, Catalán, Portugués, Italiano, Rumano).

Eslavas (Ruso, Polaco, Checo, Eslovaco, Búlgaro, Servo-Croata, Esloveno).

Bálticas (Lituano, Letón).

Griego.

Albanés.

Armenio.

Persa.

Dialectos índicos modernos.

Ugrofinesa

Lapón.

Finés.

Estoniano.

Cheremesio, Mordvinio.

Magiar (Húngaro).

Semítica

Arabe.

Etíope.

Hebreo.

Maltés.

Hamítica

Cushite (Somalí, Galla).

Lenguas bereberes.

Indochina

Chino.

---

<sup>127</sup> Ibid., pp. 187 y 188.

Tibetano.  
Siamés.  
Burmés.

Malayo-Polinesia  
Malayo.  
Fijio.  
Tahitiano.  
Maorí.

Turco-Tártara  
Turco.  
Tártaro.  
Kirghiz.

Dravidia  
Tamil.  
Telugu.  
Canarés.

Bantu  
Kafir, Zulú, Bechuana, Sesuto, Herero, Congolés, Duala, etc.

Quedan sin clasificar unos cien grupos lingüísticos que incluyen idiomas papuas, australianos e indoamericanos, así como el japonés, el basco, el machú, el georgeano y el coreano; ha sido imposible ubicarlo en unidades más amplias porque no han sido suficientemente estudiados o porque se desconocen sus fases pasadas.

El lector avisado se preguntará inmediatamente cuál es el criterio utilizado para elaborar esa clasificación. Respuesta: un criterio evolucionista aplicado a los datos obtenidos por la lingüística histórica y la lingüística comparada. Cuando los biólogos clasifican animales desde un punto de vista evolucionista, suponen que las características comunes a todos o casi todos los miembros de un grupo son también características del ancestro común. Pero, mientras en la vida animal no ha ocurrido cambio de gran escala durante el periodo histórico, el lingüista puede observar en documentos escritos la aparición y el desarrollo de muchas lenguas. Es posible, por ejemplo, estudiar la formación de lenguas romances a partir del latín en base a una serie casi ya ininterrumpida de documentos escritos. Las claves que utiliza la lingüística para encontrar el parentesco entre lenguas afines y remontarse al ancestro común son tres: a) *Similitud de vocabulario*. Se supone que dos lenguas afines deben contener un gran número de palabras similares. La prueba del parentesco es mayor cuando se trata de palabras *conservadoras* como pronombres personales, verbos que indican actividades básicas (dar, tomar, ir, venir, comer, beber,), adjetivos que denotan cualidades elementales (joven, viejo, grande, pequeño), nombres que designan objetos de uso en la vida diaria de todas partes (fuego, agua, piedra), partes del cuerpo (cabeza, mano, oreja, pie, ojo), o relaciones de consanguinidad (padre, madre, hijo, hermano). Si el número de palabras es pequeña y limitada a un aspecto de la vida cultural,

entonces es probable que no se trate de parentesco sino de influencia de una lengua sobre la otra.

b) *Conducta gramatical*: Entre la sintaxis (esquemas funcionales que gobierna la construcción de oraciones) y el accidente (alteración que sufren las palabras individualmente para significar género, número, caso, modo, tiempo y persona), el accidente es más *conservador* en el sentido de que no se difunde fácilmente. Las semejanzas de accidente entre varias lenguas no puede atribuirse ni al azar ni al préstamo, son signo de parentesco. Así, el italiano, el español y el francés forman el futuro combinado el infinitivo y el auxiliar *haber*, y tienen un sistema binario de géneros en el cual el masculino generalmente incluye al neutro latino.

c) *Homogeneidad de las diferencias* entre palabras de igual significado. Veamos, por ejemplo, la equivalencia vocal de las siguientes palabras en inglés, sueco y alemán (recordemos que estas tres lenguas pertenecen al grupo teutónico de la familia indoeuropea):

Inglés	Sueco	Alemán
bone	ben	Bein
goat	get	Geiss
oak	ek	Eiche
stone	sten	Stein
whole	hel	heil

Manteniéndonos dentro del mismo grupo, observamos que las lenguas teutónicas tienen el mismo tipo de comparación (Inglés *thin, thinner, thinnest*; Alemán *dünn, dünner, dünnst*; Sueco *tunn, tunnare, tunnaste*), forman el pasado y el participio pasado de manera análoga (modificando la vocal radical: Inglés *sing, sang, sung*; Alemán *singen, sang, gesungen*; Danés *synge, sang, sunget*; o bien agregando *d* o *t* a la raíz: Inglés *punish, punished, punished*; Alemán *strafen, strafe, gestraft*; Danés *straffe, straffede, strafet*), y la nota típica del genitivo singular es *-s* (Inglés *day's*, Sueco *dags*, Danés *Dages*, Alemán *Tages*).

Ahora bien, así como los taxónomos han reunido a peces, pájaros y mamíferos en la gran familia de los vertebrados, y a crustáceos, insectos y arácnidos en la gran familia de los artrópodos, y así sucesivamente hasta constituir unas diez grandes familias, pero más allá de ese punto no pueden sino especular acerca del pasado evolutivo y además han tenido que dejar por fuera un gran número de especies que no entra dentro de ninguna de las grandes divisiones; asimismo la clasificación de las lenguas nos pone ante una pluralidad de familias lingüísticas, lo cual quiere decir una pluralidad de mundos culturales multiplicada y diversificada por los variables desarrollos locales en el accidentado curso de los siglos.<sup>128</sup>

Tomando en cuenta solamente las similitudes gramaticales como criterio de clasificación, las lenguas del mundo han sido divididas en a) lenguas aislantes, b) lenguas de flexión externa, c) lenguas de flexión radical y d) lenguas clasificatorias. Antes de seguir adelante es conveniente advertir que las lenguas agrupadas en cualquier división de esta

<sup>128</sup> Con respecto al criterio de clasificación y las claves que lo orientan, así como para otros ejemplos además de los reproducidos, véase Frederick Bodmer, op. cit., pp.169-210. Para mejor información, debe consultarse también Finck, *Die Haupttypen des Sprachhaus*; Tucker, *Introduction to the Natural History of Language*; Millet y Cohen, *les Langues du Monde*, y George von der Gabelentz hijo, el gran clásico de la lingüística comparada, en su obra citada: *Sprachwissenschaft*.

clasificación pueden tener una afinidad evolucionaria, pero no necesariamente, pues ocurre que lenguas emparentadas por su origen pierden importantes similitudes gramaticales, mientras que otras, a pesar de pertenecer a familias diferentes, desarrollan rasgos gramaticales similares.

En una lengua aislante la palabra es una unidad inalterable, no tiene accidentes, de manera que ni se le agrega ni se le cambia nada para indicar género, número, caso, tiempo, modo, persona. En chino, lengua aislante, la oración WO PU P'A T'A = yo no le temo a él y la oración T'A PU P'A WO = él no me teme a mí, contienen exactamente las mismas palabras; la diferencia de significado se logra mediante cambios sintácticos.<sup>129</sup>

En las *lenguas de flexión externa*, las diferencias de significado y las relaciones gramaticales se indican por medio de afijos que se agregan al elemento radical. Según el grado de fusión entre los dos, la raíz y el afijo, estas lenguas se dividen en aglutinantes y amalgamantes. En las aglutinantes, como el finés, el húngaro y el turco, los afijos se unen débilmente a la invariable raíz, de modo que el límite entre los dos elementos puede reconocerse fácilmente. Un ejemplo del húngaro:

hajo-ban= en el barco.

hajo-bol= fuera del barco

hajo-ba = hacia el interior del barco

hajo-hoz= hacia el barco.

hajo-nak = para el barco.

El hecho de que el finés tenga quince casos no dificulta su aprendizaje porque las terminaciones que los indican en ambos números son las mismas para el nombre, el pronombre y el adjetivo.

Resulta sorprendente que en samoyedo, lengua emparentada con el finés y el húngaro, los sufijos pronominales que acompañan al verbo son iguales a los correspondientes sufijos posesivos que acompañan al nombre, de manera que es difícil encontrar una distinción formal entre verbo y nombre. Compárese:

lamba-u= mi esquí

mada-u= yo corto

lamba-r= tu esquí

mada-r = tú cortas

lamba-da= su esquí

mada-da= él corta

Llamamos, pues, a una lengua aglutinante cuando posee un sistema altamente regular de afijos, fácilmente distinguibles y separables. En las lenguas amalgamantes, como el sánscrito el griego y el latín, los afijos están, en cambio, íntimamente unidos con el elemento radical de modo que la constitución de las palabras no es transparente y resulta difícil descomponerlas. Una lengua amalgamante presenta además diversas declinaciones y conjugaciones cada una con formas propias de denotar los accidentes.

En las *lenguas de flexión radical*, los cambios de significado se logran por modificaciones vocálicas en el interior de la raíz. Esa es la característica fundamental de las lenguas semíticas. Una raíz semítica consta de tres consonantes por lo general, con menor frecuencia de dos o cuatro. El grupo consonántico g-n-b contiene la noción general de robar; en ese esquema se encajan vocales que cambian de acuerdo con la función gramatical de la palabra; así, *ganab* quiere decir *él ha robado*, *goneb* significa *robando*, *ganub* traduce *siendo robado*; de la

<sup>129</sup> Para otros ejemplos y explicaciones véase Bodmer, op. cit., pp.430-447.

raíz sh-m-r, que contiene la noción general de guardar, obtenemos *shamar, shomer, shamur* que significan respectivamente *él ha guardado, guardando, siendo guardado*.

La flexión radical no es extraña a la familia indoeuropea; la encontramos especialmente en el grupo teutónico (recuérdese del inglés *sing-sang-sung, man-men, mouse,mice*, etc.; del alemán *Zahl-zählen, Gast-Gäste, nehmen-nahn genommen*, etc.); pero la flexión externa es ampliamente predominante en ellas y las caracteriza.

Las lenguas clasificatorias, que integran la gran familia bantu y que son habladas por todos los africanos (exceptuando a los bushmen, los hotentotes y los pigmeos) desde el ecuador hasta Capetown, se caracterizan porque todo nombre de cosa, de persona o de acción va acompañado de un prefijo que lo ubica en una clase de palabras, y, además, porque el prefijo del nombre marca toda la estructura de la oración. Ejemplo: *ba-lavu ba-baluma bantutu* (los leones mordieron a los hombres), obsérvese la repetición del prefijo y el curioso sonsonete aliterativo a que da lugar<sup>130</sup>. Se supone que esos prefijos clasificadores corresponden a palabras otrora independientes que se referían a clases de objetos como seres humanos, líquidos, árboles, cosas buenas, cosas malas, cosas de comer, etc. Esa costumbre bantu de etiquetar o rotular cada palabra con un prefijo que la ubica en una clase determinada deja de ser tan extraña si consideramos que el género gramatical, tan familiar para nosotros, muy probablemente no tiene su origen en el sexo, sino en una manía clasificatoria similar a la del bantu.

Otra clasificación se ha hecho utilizando como criterio el grado de elaboración de la palabra con respecto a la frase. En ella se distingue entre lenguas analíticas, lenguas sintéticas y lenguas polisintéticas. Veamos la explicación que da Edward Sapir a estos términos.

“Es lengua analítica aquella que no combina en absoluto los conceptos en palabras individuales (como el chino), o que lo hace en forma reducida (como el inglés o el francés). En una lengua analítica la frase tiene siempre importancia fundamental, mientras que la palabra desempeña un papel secundario. En una lengua sintética (el latín, el árabe o el finlandés) los conceptos se agrupan en conjuntos más cerrados, las palabras tiene un sentido más concentrado, pero, en líneas generales, hay una tendencia a limitar la significación concreta de la palabra aislada. Una lengua polisintética, como su nombre lo indica, es algo más que la simplemente sintética. Se llega en ella a una extrema elaboración de la palabra. Hay conceptos que nunca se nos ocurriría tratar en forma subordinada y que en ella se simboliza mediante afijos de derivación o mediante cambios “simbólicos” en el elemento radical; por otra parte, las ideas más abstractas, incluyendo las relaciones sintácticas, pueden también expresarse en la palabra misma.”<sup>131</sup>

<sup>130</sup> Para otros ejemplos, véase también Bodmer, op.cit., pp. 190-207.

<sup>131</sup> Edward Sapir, *El lenguaje*, FCE, México 1954, Trad. de Margit y Antonio Altatorre, p. 149. Sapir llama “simbólicos” los cambios del elemento radical, porque considera probable una conexión psicológica entre los significados por una parte, y las vocales (oh, Rimbaud!), tonos y colores por la otra; menciona *drink-drunk-drunk*, verde-rojo de los semáforos (seguridad-peligro), y la palabra china *mai* (con entonación ascendente igual: comprar, y con entonación descendente: vender).

Sometemos a la consideración del lector una palabra de la lengua fox, uno de los idiomas algonquinos más conocidos del Valle del Mississippi, *eh-kiwi-n-a-m-oht-ati-wa-ch(i)*, palabra que significa: entonces ellos juntos lo mantuvieron en estado de huida con respecto a ellos. En esta palabra, el elemento indefinido alrededor de, por aquí y por allá; un prefijo y siete sufijos completan el sentido que no puede expresarse en español sin el empleo de varios elementos radicales además de afijos, artículos, preposiciones. *Vide Sapir, op. cit.*, p. 85.

Edwar Sapir, en la excelente obra que acabamos de citar, hace una brillante crítica de todas las clasificaciones hechas hasta ahora, demostrando que adolecen de prejuicios evolucionistas, de prejuicios axiológicos o de simplismo procrustizante, y propone una clasificación nueva que intenta responder a dos preguntas fundamentales referentes a la expresión de los conceptos mediante símbolos lingüísticos: “En primer lugar, ¿conserva la lengua sus conceptos radicales en forma pura o construye sus ideas concretas por medio de una fusión de elementos inseparables? En segundo lugar, ¿mantiene o no sus conceptos básicos de relación (aquellos que son absolutamente indispensables en la disposición de una proposición) libres de una mezcla de elementos concretos?”<sup>132</sup> La formulación mínima de esa clasificación es la siguiente:

Lenguas de relaciones puras. A. Simples B. Complejas

Lenguas de relaciones mixtas. A. Simples B. Complejas<sup>133</sup>

Pero no queremos enfrascarnos en una discusión más profunda de la clasificación de las lenguas porque no tenemos la intención de informar exhaustivamente sobre esa problemática, ni de dilucidarla. Nuestra intención es familiarizar al lector con la existencia de una pluralidad de tipos de estructura lingüística y hacerlo reflexionar, en base a los capítulos anteriores, acerca de las implicaciones que ese hecho tiene en lo que respecta a la *Weltanschauung* que cada hombre hereda al aprender su lengua materna.

Refirámonos brevemente a otro aspecto, menos tomado en cuenta por los que se han ocupado de clasificar las lenguas: el aspecto fonético. En algunas lenguas predominan las consonantes sobre las vocales y abundan ciertas combinaciones consonánticas que hablantes extranjeros no pueden pronunciar sin simplificarlas o intercalar vocales; en otras hay un equilibrio entre las dos, e incluso un cierto predominio de las vocales, como puede verse en el siguiente texto de la lengua Hawai (Jespersen, *Growth and Structure of the English Language*): I kona hiki ana aku ilaila ua hookipa ia mai la oia me ke aloha pumehana loa.<sup>134</sup> Las lenguas varían en cuanto a las consonantes que admiten al fin de la palabra y de la frase. Con respecto a la separación o función de las palabras dentro de la frase durante la pronunciación, hay lenguas holofrásticas como el francés y lenguas staccato como el alemán. Los patrones melódicos de la frase varían notablemente entre un idioma y otro.

Otro aspecto. Es falsa la leyenda acerca de un idioma cuyos hablantes, de noche, sólo pueden entenderse a la luz de hogueras y fogatas, pues es incomprendible sin gestos y ademanes; es falso también que los napolitanos enmudecen cuando se les inmovilizan las manos; pero es cierto que las comunidades lingüísticas varían de manera ostensible en cuanto a la participación de los movimientos del cuerpo en la comunicación oral.

Consideramos oportunas, para terminar este capítulo, unas citas del gran clásico de la lingüística George von der Gabelentz: “Cada lengua encarna una concepción del mundo, la concepción del mundo de una nación. Cada lengua representa un mundo; esto significa que es, por una parte, la totalidad de las representaciones en las cuales y sobre las cuales se mueve el pensar de un pueblo, y, por la otra, que es la expresión más inmediata y precisa de la manera como ese mundo es contemplado, de las formas, del orden y de las relaciones en que es pensada la totalidad de sus objetos. A quien la entiende así única forma científica de

---

<sup>132</sup> *Ibid.*, p. 160.

<sup>133</sup> *Ibid.*, p. 160.

<sup>134</sup> Citado por Bodmer, *op. cit.*, p. 208.



entenderla a él habla el pueblo a través de ella y le dice: Este es mi punto de vista, éste es el círculo visual de mi mente y la perspectiva en que se agrupan para mí las cosas, ésta es la idiosincrasia de mi ojo mental, del ojo con que contemplo el mundo...”

“Cada lengua nos entrega un cuadro completamente individual y completamente unitario. Lo que tan difícil le resulta al más agudo ingenio, construir un sistema completo y consecuente, lo logra en forma inconsciente y no deliberada un espíritu ingenuo: el espíritu del pueblo crea un sistema en el cual cada elemento, bien interpretado, se explica por el todo y contiene al todo.”<sup>135</sup>

El problema de traducir no es sólo técnico (traduttore, traditore); aunque las lenguas se prestaran a ello plenamente, nos encontraríamos con que”... en las traducciones se ofrecen a los pueblos conceptos que están fuera de su círculo mental y se les pide operaciones de pensamiento a las cuales no están acostumbrados.”<sup>136</sup>

---

<sup>135</sup> George von der Gabelentz, op. cit., p. 76.

<sup>136</sup> *Ibid.*, p.105.